

cuerpo, ni representación en la mente; privilegio señaladísimo, á muy pocos concedido, y eso después de larga oración, penitencias y victorias; pero que por una singularísima providencia fué concedido á Juan y á Estanislao. Castísimos fueron ambos; y si bien lo miramos, con más estupendos efectos que Luis. Porque el divino Estanislao caía desfallecido á cualquier palabra menos honesta que oyese; ¡cosa bien rara! Delante de Juan ninguno osaba proferirlas, por ser á todos notorio que al solo nombre se estremecía de horror y sobresalto: ¡cosa también peregrina! Aquel inaudito privilegio de infundir castidad en los que le contemplaban fué también peculiar á Estanislao; pero una cosa no leemos del manco polaco, que fué privativa de nuestro Santo, y es, que aun su mismo cadáver despertase amor á la pureza en los que atentamente miraban su difunto semblante. Pero comoquiera que á los dos sean comunes estas gracias, no vemos que haga de ellas memoria la vida de San Luis. Estas insignes mercedes el Cardenal Bellarmino, que en sesenta y dos años de Compañía tuvo el consuelo de conocer y tratar á los tres, no sabía cómo appearlas sino remitiéndose al amor y poder de la Sacratísima Virgen.

Y ya que de Nuestra Señora hablamos, será bien reparar la maravillosa consonancia que en venerarla tuvieron estos tres celestiales donceles. Si Luis sobresalió en mostrarse gran siervo de María Santísima, y resuelto á entrarse religioso mereció oír una especie como de voz de esta Gran Reina el día de su gloriosa Asunción, que le apremiaba á ser de la Compañía; si Estanislao, insigne amator suyo, tras de ser llamado á la Compañía por su maternal consejo, tuvo la dicha, entre otros mil rega-

los, de entregar su espíritu en los brazos de la Emperatriz de cielos y tierra el día justo de su Asunción triunfante, y de ser por ella en compañía de un coro de vírgenes introducido en la mansión de la gloria; no podemos ya dudar sino que Juan fué el hijo regalado de María, y que á fuer de tal mereció que le sacase del piélago del mundo y le introdujese en la religión de la Compañía, y que en prenda de su grande amor le abriese las puertas del cielo en la antevíspera de su inefable Asunción, habiéndole distinguido con el honrosísimo empeño de extender por el mundo el privilegio de su Concepción Inmaculada.

Otras conveniencias son aquí dignas de ser consideradas. Estanislao tomó ocasión del Santo de mes, que fué San Lorenzo, para pedir á la Virgen benditísima la gracia de solemnizar en la gloria el triunfo de la Asunción; ni más ni menos que Juan, á quien la sentencia del Santo de mes fué aviso dulce y eficaz, que se le pegó en el corazón, con gran confianza de su cercano fallecimiento. Estanislao, yendo en compañía del P. Manuel Sa, demostró deseos de conseguir la pronta verificación de su muerte: no de otra manera Juan, acompañando al P. Estrada, dió señales de desear el término de su destierro. La enfermedad que en breves días á Estanislao le puso mortal, la edificación que en ella dió, las muestras que se hicieron de sentimiento en su muerte, corren parejas con la enfermedad, edificación y duelo de Juan. En fin, si Estanislao dió su espíritu el día mismo en que la Virgen subió á los cielos, Juan murió el día mismo en que la Virgen acabó su vida mortal, como tienen graves autores ¹.

¹ Proc. rom., pág. 566.

No parece pueda haber mayor conformidad en la devoción que estos dos meninos de María tuvieron á la soberana Princesa. Ella los traía sobre las palmas, los cercaba con su guarda y amparo, y hacía que todo les sucediese á su gusto. A las maternales finezas respondían ellos vueltos siempre los ojos á su Madre, colgados siempre de su querer, presos y encadenados de su amor, no recatándose de enaltecer y propagar sus glorias y privilegios. Pero quien llevó la bandera más alta fué nuestro benditísimo Juan, por haber sido escogido entre mil para sellar con su sangre la verdad del misterio de la Inmaculada Concepción.

El ejemplo del amable Luis era señuelo eficaz para convidar á devoción, mediante las conversaciones espirituales que fomentaba; conocidas son las industrias que tenía para sacar de ellas provecho; pero él de suyo hablaba escaso y limitado, cual si se tasara las palabras con aquel rigor que en todo se prescribió. Juan daba más libertad á la lengua y comunicaba fácilmente los sentimientos de su alma: harta pena experimentó de no poder ser más comunicativo con sus Hermanos, en cierta época en que el Señor hizo prueba de su fervor. Su ánimo era redundar y repartir á todos sus luces y afectos; afortunadamente la prueba presto pasó, y le dió lugar para ser otra vez lazo de alegría y el contento de todo el Colegio. La comunicación de Estanislao tocaba en deliquio y arrobamiento cuando daba vueltas y se encaramaba por los brazos de María y refería sus excelencias y virtudes. Quien á estos tres serafines hubiera oído en amigable conversación, bien podía cerrar los ojos á esta lumbrera mortal y trasponerse del todo, porque á las pocas palabras hubiera visto embargadas sus almas dulcemente, trabadas las lenguas

y dormidos ellos sin remedio en los brazos del divino amor: desfallecida quedara la envidia de los ángeles del cielo, si de envidia fueran capaces.

III.

PERO no debemos disimular que en un punto se quedó atrás San Juan de su modelo San Luis. Su comida en el siglo pesaba más de una onza; no eran de sangre sus disciplinas, ni continuos sus cilicios. Pero no disimulemos tampoco que Juan tenía ocupado el día en el oficio de sirviente, y la noche en las tareas de estudiante. Aun así érale muy familiar el ayuno, y su alma, como decían los del Convictorio, andaba lejos de la mesa, ocupada en cosas de devoción. En la comida tomaba lo meramente indispensable para no enfermar. En fin, que su excesiva sobriedad le abrevió notablemente los días, parece cosa averiguada. Tampoco exigía lo humilde de su condición que se armase contra el lujo de las holandas y la molicie de los salones; con la buhardilla más pobre podía competir la estrechura de su habitación. En el moderado uso de penitencias voluntarias más se arrimó al tenor de Estanislao, y aquí, como en otros muchos particulares, estos dos ángeles caminaron á un paso por la senda de la santidad.

Un solo capítulo hallamos en que nuestro joven belga parece alejarse mucho de sus dos hermanos mayores: las dulzuras de la oración. Estanislao se extrañó en gran manera de oír hablar de distracciones en la oración, porque carecía de ellas

A Luis en seis meses no le ocuparon todas juntas el espacio de una Ave María. ¿Quién tal de Juan Berchmans oyó? Incendios de amor vehementes abrasaban el pecho de Estanislao, y era menester, para dar salida á los ardores, renovar el aire á menudo y chapotearse con agua fresca: á veces el ímpetu del amor le daba alas para volar y quedaba suspenso, sin operación de sentidos. De sus lágrimas dió cuenta el Cardenal Belarmino, en su preciosa perla *De Gemitu columbae*, donde dice que las vertía á raudales. Y en San Luis ¿qué cosas no se vieron de asombro y admiración? Andaba tan herido del amor de Dios, que le bastaba oírle nombrar para enternecerse, arder y perder el apetito: entumecíasele el pecho para dar noticia del volcán interior, que no hallando por donde salir reventaba en lágrimas por los ojos.

¿Quién osaría emplear semejante estilo en la vida de Juan Berchmans? Apenas se le notaron lágrimas; y eso que su temperamento sanguíneo y tierno parecía dárselas hechas. Dícese de él que se vió puesto á veces en la cruz de los desamparos, y que el sol se le obscurecía, y era noche tenebrosa para él, sin un rayo de consuelo.

Es de advertir, en primer lugar, que los efectos sensibles, que son dádivas graciosas de la mano de Dios, y unas como ayudas de costa de la devoción, no arguyen de suyo santidad mayor ni menor en el que los experimenta, como biensaben los que diferencian entre lo pasajero de esto de estos dones y los hábitos de las virtudes. Además, si revolvieron contra el inocente Juan tormentas y olas bravas que amenazaban hundir el esquife, pudo más el valor de su ánimo, que guiado por la lumbre de Dios con igualdad y constancia, proejó contra la corriente y fué siempre adelante á fuer-

za de industrias, arribando pronto al puerto de la dichosísima paz.

Demos por manifiesto que el estado de su alma fué por lo común la tranquilidad y el ordenado sosiego, con que usaba de sus potencias naturales. Pero si por éxtasis vamos, tampoco los tuvo, que sepamos, San Luis, por indubitables que fueran en él los efectos del amor divino. Del seráfico Estanislao se refieren cosas tales; mas quédense para la admiración, y califiquense de regalos inefables; pero confesemos en cambio que no se dice que poseyese instinto profético para penetrar los sucesos por venir y los arcanos de las conciencias, que de San Juan arriba quedan referidos en su última enfermedad; la cual, fué por sus pasos contados remedo de la de San Luis, si bien con circunstancias más raras aún. No nos alarguemos á pensar, que si careció Juan de arrobamientos, dió barruntos de ellos y llevaba camino de tenerlos, cuando el fervor de la oración le hacía insensible á la molestia de los insectos, y no respondía á las voces, si no es tirándole de la ropa.

No; vióse en realidad privado de los carismas, que no son consecuencias de la santidad, ni á ella se ordenan; enhorabuena: pero fué rico en grado excelente de aquellos preciosos dones que santifican por sí, ó hacen la santidad más calificada; conviene á saber, virtudes macizas, inocencia perfectísima, cumplida integridad de alma y cuerpo; que por ser más estimables y como la nata de las mercedes divinas, tuvo por bien el Señor acumularlas abundantemente en su siervo, para que con más suavidad y eficacia sirviera á la juventud de modelo y protector. Singular providencia de Dios fué representar en este joven el tipo de la santidad esencial, desposeída de los arreos místicos que

suelen ofrecer gran dificultad y peligro á los directores espirituales, deslumbran muy fácilmente y ciegan á los historiadores, apasionan y dejan burlados á muchos devotos, y son á los jóvenes ocasión de extravío y funesta ruina. En el siglo xvi había la soberana Bondad extendido los términos de su munificencia hermojeando con los bienes de la contemplación á muchas almas escogidas, y era muy puesto en razón que los aficionados á la virtud, la midieran, no por los adornos sobreañadidos, si no por el valor que en sí posee. Para hacer demostración de tan importante realidad escoge Dios á Juan Berchmans, y con rodearle de varones experimentados y doctos que pudieran dirigir sus altos vuelos, sujétale al paso vulgar, al camino del acierto, y hácele andar, lejos de sendas peligrosas, á puros esfuerzos de voluntad, con las gracias ordinarias prometidas á todos los fieles. Así quería el Señor con cuidado avisar á los jóvenes de toda edad y condición, que no consiste la santidad en dones maravillosos y peregrinos, sino que con el cumplimiento perfectísimo de las obligaciones anejas al propio estado, y con el ejercicio de las virtudes en él contenidas, pueden llegar todos á ser grandes santos y á merecer los honores de la canonización. De esta suerte viene Berchmans á constituir el molde común en que ha de vaciarse la virtud de la gente joven para obtener la aprobación de Dios y el aplauso de los hombres. Bajo este aspecto celebra su Vida el Vicario de Jesucristo. Citemos, pues tienen aquí oportuno lugar, las gravísimas palabras con que el Pontífice reinante realza la gloria de San Juan Berchmans en la Bula de Canonización, diciendo así: "Juan Berchmans imitó á Luis Gonzaga y á Estanislao Kostka con tanta fortuna, que razonablemente

dudamos con cuál de los tres prestantísimos alumnos se honre y deba gozarse más la inclita Compañía de Jesús. Ello es cierto que Juan hizo más imitables en sí las virtudes de los otros dos: sin emprender cosas extraordinarias al parecer, alcanzó perfección aventajada. Con su ejemplo movió maravillosamente á los hombres, no sólo á cultivar, más también á dar alcance á la verdadera santidad.,

En conclusión, estos tres santísimos y purísimos mancebos fueron en el mundo de notoria edificación; trasplantados en la Compañía de Jesús, crecieron en brevísimo tiempo y dieron sazonado fruto, llenando en la cortedad de sus días dilatadísima hilera de años. En el fervor igualísimos, en la virtud semejantes, en los dones parecidos, muy unos en la devoción, en el amor de María benjamines á cual más, tres azucenas del huerto cerrado de la religión, tres joyeles de la corona de la Compañía, tres modelos de santidad acabadísimos, tres glorias de la juventud, tres competidores de ángeles, tres amigos de los hombres, tres niños de Dios, que así como reinan unidos en el cielo alrededor del trono de María, así reciben ahora en la tierra igualdad de honra y veneración.

Ojalá (y quédese el bosquejo de esta incomparable Vida con sólo el nombre de deseo) la canonización de San Juan Berchmans, cuya solemnidad hemos logrado festejar, sirva para darle á conocer, á reverenciar, á amar, y sea á todos los fieles consuelo, á la Santa Iglesia exaltación, lustre á la Compañía de Jesús, honor al mismo Santo, loor á la Reina Inmaculada, bendición y eterna alabanza á Dios nuestro Señor en los siglos de los siglos. Amén,